

TEMA 7. DESCARTES Y EL RACIONALISMO

1. Contexto histórico, cultural y filosófico.

El siglo XVII, en el que vive de lleno nuestro autor, está marcado por una creciente inestabilidad y complejidad en toda Europa. Factor clave son las conflictivas relaciones, a todos los niveles, entre los católicos y los protestantes del viejo continente. Por ello, para comprender el siglo XVII es necesario hacer referencia a la reforma que Lutero, Calvino y Zwinglio introducen con respecto al catolicismo en el siglo XVI. El **protestantismo** es contestado desde Roma con el **Concilio de Trento** (1545-1563). En el surgimiento de la reforma protestante tuvo un papel destacado la invención de la **imprensa** (hacia la mitad del siglo XV), ya que permitió una expansión generalizada de los textos clásicos y de la Biblia, sacando el conocimiento y el estudio de las escuelas monacales y catedralicias, y haciéndolo accesible a los laicos, con la consiguiente pérdida de control de los mismos por parte de la Iglesia Católica.



LUTERO Y ZWINGLIO

La intención de Suecia por controlar el Báltico, la antigua disputa entre Francia y España por la hegemonía en Europa y sobre todo, las disputas religiosas en el seno del Imperio Alemán (**Defenestración de Praga**, 1618) desembocan en la **Guerra de los Treinta Años** (1618-1648) en la que se ven involucradas las grandes potencias del momento y en la que participó Descartes como soldado de ambos bandos (el católico y el protestante). La brutalidad de esta guerra (masacres en aldeas y ciudades, hambre, epidemias, odio religioso y político,...) golpea la conciencia de algunos intelectuales, que se preguntan cómo hombres europeos (seres racionales) pueden mostrar tanta falta de racionalidad. El intento de alcanzar una ética racional, válida para todos, por encima de sentimientos religiosos, se perfila como una de las tareas más urgentes. El proyecto cartesiano está presidido por esta idea, aunque Descartes morirá antes de trazar una ética racional.

Este intento de racionalización, alcanza también a la economía y al derecho. A finales de la Edad Media se había producido un fuerte crecimiento de las ciudades, que se convierten en el centro económico y social. En esta época aparecen organizaciones mercantiles, para racionalizar el trabajo y obtener el máximo beneficio, organizaciones económicas (la **Banca** y la **Bolsa**), para mejorar los rendimientos económicos, así como el **Derecho Internacional**.

En el aspecto cultural, el estilo que va a imperar en todas las formas artísticas es el **Barroco** (término de origen portugués que inicialmente se usó despectivamente para indicar la falta de regularidad y orden del nuevo estilo). El Barroco representa una nueva sensibilidad artística que expresa la fugacidad, el desengaño, el pesimismo, el desorden,... Pretende evocar la emoción y la pasión en lugar de la tranquila racionalidad (orden, luminosidad y proporción) que había sido tan apreciada dentro en el Renacimiento. Una vez más, el arte se convierte en un arma o instrumento para comprender y soportar la realidad tumultuosa y crítica de su tiempo. Dentro de este movimiento cultural podemos destacar al poeta y

dramaturgo español Calderón de la Barca. En *La Vida es Sueño* de Calderón de la Barca se refleja el descrédito de la experiencia sensible, de su condición ilusoria a través de la imagen del sueño. Esta obra nos recuerda el mito de la caverna de Platón y también, cómo no, el desprecio del conocimiento sensible y la indistinción sueño vigilia tan presente en el pensamiento racionalista.

Filosóficamente, Descartes inaugura la **corriente racionalista**, a la que pertenecen Leibniz, Spinoza y Malebranche y con la que pretenden luchar contra la situación de crisis e inestabilidad de los tiempos en los que se desarrolla su pensamiento. Las características más importantes de este movimiento son:

- Desprecio del conocimiento sensible y la afirmación del conocimiento racional-deductivo como único conocimiento verdadero.
- La existencia de ideas innatas.
- La evidencia racional como criterio de certeza.

Desde el siglo XV al siglo XVII se van a ir proponiendo innovaciones a la física aristotélica que conducirán a la creación de la “**NUEVA CIENCIA**”, personificada, entre otros, por Copérnico, Kepler y Galileo. Entre otras innovaciones, Copérnico propone un universo Heliocéntrico y Geodinámico (en lugar de Geocéntrico y Geoestático); Kepler formula matemáticamente, en 1609, la teoría de que los planetas se mueven alrededor del sol describiendo órbitas elípticas en vez de circulares; y Galileo construye uno de los primeros telescopios astronómicos a la vez que sistematiza el nuevo método científico: el método hipotético-deductivo.

Esta “Nueva Ciencia”, de enorme influencia en la filosofía de Descartes, propone una visión matemática y mecanicista del mundo. “El mundo está escrito en lenguaje matemático», dirá Galileo. Y esta idea presidirá la filosofía cartesiana, cuyo método tiene como modelo el proceder matemático. Esta “Nueva Ciencia”, que tantos descubrimientos y éxitos alcanzará con su nuevo método, es la “reina” del panorama intelectual de los albores de la Edad Moderna, hasta tal punto que la vieja fe en Dios se transmutará en fe en la ciencia.

Junto al entusiasmo por la nueva ciencia, encontramos una fuerte **corriente de PENSAMIENTO ESCÉPTICO** que reaparece sobre todo en Francia, y de la que destaca Michel de Montaigne (1553-1592). Para este autor la mayor “peste” del hombre es creer que puede llegar a conocer verdaderamente las cosas: los últimos fundamentos de nuestro conocimiento son inseguros y la experiencia de los sentidos es engañosa.

En este clima histórico, social y cultural se encuentra Descartes, y al mismo intenta responder su obra, en la que mantiene que **la mejor herramienta** de la que dispone el ser humano para huir del escepticismo y poner orden tanto en su vida como en la sociedad y en la naturaleza, **es la razón**, una y la misma en todos, liberada de las ataduras teológicas y del peso de la autoridad



MICHEL DE MONTAIGNE
(1553-1592)

y de las tradiciones, y sometida únicamente a sus propios principios (identidad y no contradicción).

Hacia 1643 arrecian las polémicas contra Descartes, siendo atacado tanto por los jesuitas como los protestantes, que tampoco llegan a comprenderle. Cansado de todo esto, acepta las reiteradas invitaciones de la reina Cristina de Suecia y se traslada a ese país. Allí morirá en 1650 víctima de una pulmonía.

Sobre el texto

El *Discurso del método*, es una de las obras más importantes de Descartes. Originalmente estaba pensada como introducción a su obra *Tratado sobre el mundo*, pero como finalmente no se publicó, Descartes decidió publicarlo como obra independiente. Se trata de una obra moderna (escrita en Francés y no en Latín, lengua culta de la época), de estilo intimista y carácter autobiográfico.

El texto a comentar contiene dos partes (la segunda y la cuarta) de las seis que componen el *Discurso del método*. El propio Descartes explica así el contenido de su obra y de cada una de sus partes: «Si este discurso pareciera demasiado extenso para ser leído de una sola vez, podría dividirse en seis partes:

1. En la primera se encontrarán diversas consideraciones relacionadas con las ciencias.
2. **En la segunda, las reglas más características del método que el autor ha indagado.**
3. En la tercera, algunas reglas de moral que ha obtenido de este método.
4. **En la cuarta parte, las razones que permiten establecer la existencia de Dios y del alma humana, que constituyen los fundamentos de su metafísica.**
5. En la quinta se detalla el orden seguido en sus investigaciones de física [...].
6. En la última parte expone lo que estima es necesario para avanzar en la investigación de la naturaleza más allá de dónde él ha llegado, así como las razones que le impulsaron a redactar este discurso».

2. Razón y método: el criterio de verdad.

2.1. El buen uso de la razón: la necesidad del método.

La actitud de Descartes ante la historia del pensamiento es de total desengaño: la historia de la filosofía no es más que la historia del error. Descartes mantiene que no se ha utilizado la razón adecuadamente: se han creído argumentos falaces, basados no en el buen uso de la razón sino en el “principio de autoridad” (falacia «*ad baculum*» y «*ad auctoritatem*»). Debido a este desengaño, Descartes considera como una labor fundamental encontrar un MÉTODO (etimológicamente, camino o procedimiento adecuado) que nos permita hacer un

buen uso de la razón sin interferencias externas, así como evitar los dos errores fundamentales de la misma: la precipitación y la prevención. Descartes busca una vacuna contra el error, y esa vacuna es el MÉTODO.

Para Descartes, las distintas ciencias son manifestaciones de un saber único ya que hay una sola razón. La sabiduría es única porque la razón (*bona mens*) es única. La razón que distingue lo verdadero de lo falso, lo conveniente de lo inconveniente, la razón que se aplica al conocimiento teórico de la verdad y al ordenamiento práctico de la conducta, es una y la misma. De esta manera, Descartes volvió la espalda a la idea aristotélica y escolástica de los diferentes tipos de ciencia, con sus diferentes métodos, y la reemplazó por la idea de *una ciencia universal con un método universal*. Para Descartes toda la filosofía es como un gran árbol cuyas raíces son la metafísica, el tronco la física, y las ramas que salen de ese tronco las demás ciencias.

En su búsqueda de un método adecuado, Descartes considera necesario realizar un análisis de la estructura y el funcionamiento de la razón. De este análisis concluye que dos son los modos de actuar de la razón: la **intuición** y la **deducción**. La **intuición** es una especie de “luz o instinto natural” que permite que captemos inmediatamente conceptos simples emanados de la razón misma, sin posibilidad alguna de duda o error (así sucede con los *axiomas* matemáticos). Todo el conocimiento intelectual comienza con la *intuición de naturalezas simples*. Entre unas intuiciones y otras aparecen conexiones que la inteligencia descubre y recorre por medio de la **deducción** hasta llegar a una conclusión (la deducción es utilizada en matemáticas para demostrar los *teoremas*).

Esta forma de proceder es el único **método** que responde a la dinámica interna de una **razón única**. Según Descartes, hasta ahora la razón ha sido utilizada de este modo solamente en el ámbito de las matemáticas, produciendo resultados admirables. Sin embargo, nada impide que esta utilización se extienda a todos los ámbitos del saber (“*Mathesis universalis*), para que produzca unos frutos igualmente admirables.

2.2. Las reglas del método.

En su obra *Reglas para la dirección del espíritu* Descartes nos define el método como:

«El conjunto de reglas ciertas y fáciles que hacen imposible para quien las observe exactamente tomar lo falso por verdadero y, sin ningún esfuerzo mental inútil, sino aumentando gradualmente la ciencia, le conducirán al conocimiento verdadero de todo lo que es capaz de conocer»

En esa misma obra expone 21 reglas que luego **reduce a cuatro** en su obra *Discurso del método*, y que nos indican el procedimiento que debe seguir la razón en la búsqueda de la verdad, y que consiste en emplear correctamente las dos operaciones fundamentales de la mente: la intuición y la deducción. Estas reglas son:

1ª. **Regla de la evidencia.** Esta regla nos obliga a no aceptar ninguna cosa como verdadera si no se la reconoce claramente como tal, es decir, si no se presenta tan **clara¹ y distintamente²** que no tenga ocasión de ponerlo en duda, debiendo evitar la *prevención* (dejarse llevar por los juicios de “los que saben”) y la *precipitación* (dejarse conducir por juicios que no han sido analizados suficientemente) que nos abocan a los prejuicios. Por tanto, *la verdad* no es ya un problema de adecuación o correspondencia entre nuestras ideas y la realidad externa y objetiva, como venía siendo desde Aristóteles, sino que *es una propiedad de nuestras ideas* y que se descubre analizando sus cualidades.

2ª. **Regla del análisis o resolución.** Consiste en «*dividir cada una de las dificultades en tantas partes como sea posible y necesario para resolverlas mejor*». Los problemas se deben dividir en sus datos o partes más elementales o simples mediante un proceso de análisis. De este modo la mente llegará a discernir o intuir los términos más simples de la realidad que pretende conocer. Sobre estas ideas simples son sobre las que la mente puede alcanzar la evidencia de su verdad.

3ª. **Regla de la síntesis o de la composición.** Descartes, en el *Discurso del método*, la define así: «*conducir por orden mis pensamientos comenzando por los objetos más simples y fáciles de conocer, para subir poco a poco, por pasos, hasta el conocimiento de los más complejos; suponiendo incluso un orden entre aquellos que no se preceden naturalmente los unos a los otros*».

Intuidas las ideas simples por el proceso de análisis, entra en juego la deducción a partir de aquellas, siguiendo el procedimiento lógico y ordenado de la geometría.

4ª. **Regla de la enumeración y revisión.** Es una regla auxiliar, que consiste en hacer enumeraciones y revisiones completas y generales para estar seguros de no omitir nada. La enumeración comprueba el análisis y la revisión la síntesis.

Esta regla auxiliar viene exigida porque el espíritu humano está condicionado por el tiempo: las evidencias del pasado tienen que ser conservadas por la memoria, facultad débil y con frecuencia engañosa, por lo que se hace necesario el control, comprobación y verificación de todo lo que se lleve deducido.

2.3. La duda metódica

Descartes comprueba que, aplicando el método que él mismo ha indagado, se resuelven muchas cuestiones que había entendido como problemas, tanto en el ámbito de la lógica como en los difíciles problemas del álgebra. Por eso, no duda en aplicar el método a otras cuestiones mucho más metafísicas. Ahora bien, seguir el método, concretamente aplicar su primera regla, le obliga a no admitir nada como verdadero a no ser que esté completamente seguro de que lo es. Seguir la regla de la evidencia obliga a partir de verdades absolutamente ciertas, sobre las cuales pueda construir el edificio completo de la filosofía.

¹ **Claridad:** presencia inmediata de una idea en la mente. Se trata de un pensamiento del que soy consciente.

² **Distinción:** una idea es distinta cuando está perfectamente delimitada y no la confundimos con ideas parecidas.

La búsqueda de un punto de partida absolutamente cierto exige la tarea previa de eliminar todos los conocimientos, ideas y creencias que no aparezcan dotados de una certeza absoluta: hay que eliminar todo aquello de que sea posible dudar³. De ahí que Descartes comience con la duda. Y **esta duda es metódica**, es decir, una exigencia del método. No se trata de una actitud escéptica sino de una actitud instrumental, un momento del proceder metódico cuyo fin es alcanzar verdades indudables. Es decir, Descartes introduce la duda como un *esfuerzo voluntario*, de ahí que sea **distinta de la duda escéptica**, ya que a través de ella se pretende encontrar una verdad tan firme y segura que resista las suposiciones de los escépticos. Se trata, por lo tanto, de un punto de partida y no de llegada, una duda transitoria, y no permanente, que se superará con el hallazgo de la primera verdad. En la parte III del *Discurso del método* nuestro autor advierte que no pretende imitar «a los escépticos, que sólo dudan por dudar y pretenden estar siempre irresolutos».



El escalonamiento de los motivos para dudar, presentados por Descartes, hace que la duda adquiera la máxima radicalidad y universalidad:

1. La primera y más obvia razón para dudar de nuestros conocimientos se halla en las **FALACIAS DE LOS SENTIDOS**, que nos inducen a veces a error. Aunque la mayoría de los hombres consideran altamente improbable que los sentidos nos induzcan *siempre* a error, la *improbabilidad no equivale a la certeza* y, por eso, la posibilidad de dudar acerca del testimonio de los sentidos no queda **totalmente** eliminada.
2. Cabe dudar de que las cosas sean como las percibimos, pero ello no nos permite dudar de que existan las cosas que percibimos. De ahí que Descartes añada una segunda razón - más radical- para dudar: **LA IMPOSIBILIDAD DE DISTINGUIR LA VIGILIA DEL SUEÑO**. A veces los sueños nos muestran mundos de objetos con extremada viveza, y al despertar descubrimos que tales universos no tienen existencia real. ¿Cómo distinguir el estado de sueño del de vigilia y cómo alcanzar **certeza absoluta** de que el mundo que percibimos es real? Como en el caso anterior, la mayoría de los hombres cuentan con criterios para distinguir la vigilia del sueño, pero estos criterios no sirven para fundamentar una certeza absoluta.
3. La imposibilidad de distinguir la vigilia del sueño permite dudar de la existencia de las cosas y del mundo, pero no parece afectar a ciertas verdades, como las matemáticas: dormidos o despiertos, los tres ángulos de un triángulo suman 180 grados en la geometría de Euclides. De ahí que Descartes añada el tercer y más radical motivo de duda: tal vez exista algún **GENIO MALIGNO** -escribe Descartes- «de extremado poder e inteligencia que pone todo su empeño en inducirme a error» (*Meditaciones metafísicas*). Esta hipótesis del “genio maligno” equivale a suponer que tal vez el entendimiento humano es de tal naturaleza que se equivoca siempre y necesariamente cuando razona y trata de deducir ideas verdaderas (conclusiones). Se trata de dudar de la función deductiva (creativa) de la

³ Se trata de zamarrear fuertemente el edificio del saber, someterlo a un verdadero terremoto, con la confianza de que las verdades auténticas permanecerán indestructibles ante toda crítica.

razón. Una vez más se trata de una hipótesis improbable, pero que nos permite dudar de **todos** nuestros conocimientos.

En todo este despliegue de *la duda*, Descartes *permanece en el plano teórico*: las creencias religiosas y las exigencias éticas están en otra dimensión práctica, que él no cuestiona.

2.4. El «cogito» y el criterio de verdad.

La duda llevada a este extremo de radicalidad parece abocar irremisiblemente al escepticismo. Sin embargo, Descartes encontró una verdad absolutamente cierta, inmune a toda duda, por muy radical que sea ésta: la existencia del propio sujeto que piensa y duda. Si pienso que el mundo existe, tal vez me equivoque en cuanto a la existencia del mundo, pero no cabe error en cuanto a que yo lo pienso; **puedo dudar de todo menos de que yo dudo**, porque si dudo que dudo es porque estoy dudando. Mi existencia, pues, como sujeto que piensa (que duda, que se equivoca,...) está exenta de todo error y de toda duda posible. Descartes lo expresa con su célebre frase: **«cogito, ergo sum»** [*«pienso, luego existo»*].

Hay que insistir en el **carácter intuitivo** (y no deductivo) **del cogito**, es una intuición⁴.

Descartes sentencia que dicha verdad resiste las más extravagantes suposiciones de los escépticos y, por lo tanto, constituye el primer principio de la filosofía que andaba buscando: la **pedra filosofal**, a partir de la cual podremos intentar descubrir después otras verdades igualmente seguras. Este principio de la filosofía se presenta en el corazón mismo de la duda radical a la que nos expone el planteamiento cartesiano. La existencia del sujeto pensante es absolutamente indubitable porque es **evidente**, es decir, se percibe con toda claridad y distinción. De aquí deduce Descartes su criterio de verdad: **todo cuanto perciba con igual claridad y distinción será verdadero y, por lo tanto, podrá afirmarse con inquebrantable certeza**. Así, dice en las *Meditaciones metafísicas*:

«En este primer conocimiento no existe sino una percepción clara y distinta de lo que afirmo; lo cual no sería suficiente para asegurarme de la certeza de una cosa, si fuera posible que lo que percibo clara y distintamente sea falso. Por tanto, me parece que puedo establecer como regla general que todo lo que percibo clara y distintamente es verdadero».

El criterio de verdad es la **evidencia**, cuyas notas son la claridad y la distinción y cuyos obstáculos son la precipitación y la prevención, como dijimos antes. La evidencia es contrapuesta por Descartes a la **conjetura**, que se produce cuando la verdad no aparece a la mente de modo inmediato.

Descartes no puede afirmarse como cuerpo, ya que de momento no le consta que algo corpóreo exista. La única base de que dispone es el pensamiento. Puede ser que las cosas que

⁴ Si fuera un razonamiento (deducción) tendría que partir de la premisa “*Todo ser que piensa existe*”, lo cual es una generalización que se apoya en la intuición del cogito, y no al revés, porque lo general lo obtenemos a partir de lo particular. Es decir, si el cogito fuera una conclusión derivaría de otras verdades anteriores, ... pero antes del cogito todo es dudoso.

piensa, afirma, niega... sean nada, pero lo que no puede dejar de ser cierto es su naturaleza pensante. **El alma racional** es la primera sustancia de la que adquirimos certeza absoluta de su existencia. Descartes acepta la definición aristotélica de sustancia: “Sustancia es todo aquello que no necesita de nada para existir”; este término se opone al término accidente: “Accidente es aquello que existe en otro”. La sustancia es un ser en sí mismo y el accidente es un ser en otro. A partir de la existencia indudable del pensamiento, Descartes intenta demostrar la independencia del pensamiento con respecto al cuerpo.

Hasta ahora de lo único que está Descartes seguro es de la existencia de su pensamiento, de todo lo demás duda. Duda de que exista el mundo exterior, duda de que exista su propio cuerpo (porque son percibidos a través de la fuente engañosa de los sentidos). Ahora bien, aquello de lo que dudo (mi cuerpo) no puede ser igual que aquello de lo que no tengo ninguna duda (mi pensamiento); por lo tanto, son consideradas realidades distintas. Además, queda claro que el pensamiento (alma) no necesita del cuerpo para existir, porque piensa a partir de ideas innatas. Descartes lo expresa de la siguiente manera en la cuarta parte del *Discurso del método*:

«[...] Posteriormente, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que carecía de cuerpo, así como que no había mundo o lugar alguno en el que me encontrase, pero que, por ello, no podía fingir que yo no era, sino que por el contrario, sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era, mientras que, con sólo que hubiese cesado de pensar, aunque el resto de lo que había imaginado hubiese sido verdadero, no tenía razón alguna para creer que yo hubiese sido, llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar y que tal sustancia, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De suerte que este yo, es decir, el alma, en virtud de la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es.»

Que la filosofía cartesiana parta de la existencia del alma como primera verdad, y no de la existencia de Dios, es un rasgo humanista y moderno, contrario a la filosofía escolástica

3. Las ideas como objetos del pensamiento.

Tenemos ya una verdad absolutamente cierta: la existencia del yo como sujeto pensante. Esta existencia indubitable, como hemos dicho, no parece implicar, sin embargo la existencia de ninguna otra realidad. ¿Cómo demostrar la existencia de una realidad extramental, exterior al pensamiento? ¿Cómo conseguir la certeza de que existe algo aparte de las ideas de mi pensamiento?... Descartes debe, por lo tanto, romper el cerco del pensamiento y aventurarse en la demostración de otras verdades. El problema es enorme, sin duda, ya que a Descartes no le queda más remedio que deducir la existencia de la realidad a partir de las ideas del pensamiento.

Descartes mantiene, como todos los racionalistas, que **el pensamiento piensa siempre ideas**. El pensamiento no recae sobre las cosas mismas sino sobre las ideas: yo no pienso en el

mundo, sino en **la idea**⁵ de mundo, que es algo así como **una representación o fotografía mental** del mismo. En Descartes, el término «**idea**» se define como:

Idea es todo contenido mental del que somos conscientes y que es capaz de representar (imitar, estar en lugar de,...) algo.

El problema, por lo tanto, es contestar adecuadamente a la pregunta **¿cómo garantizar que a la «idea de mundo» corresponde la «realidad mundo»?**

Descartes se va a plantear el salto desde las ideas hasta la realidad extramental. Descartes analiza⁶ cuidadosamente las ideas que posee el yo pensante con la intención de descubrir alguna de ellas que nos rompa el “cerco del pensamiento” para salir a la realidad extramental.

Como **todas nuestras ideas son causadas** por algo, debemos preguntarnos por la causa de las ideas que tenemos (su origen) con la intención de encontrar alguna idea que, como el *cogito*, implique **de manera evidente** la existencia de aquello que representa. En este análisis Descartes distingue **tres tipos de ideas**, según su origen:

1. **Ideas adventicias.** Son las que parecen provenir de nuestra experiencia externa (las ideas de hombre, de árbol, de casa,...). Decimos “parecen provenir” y no “proviene”, porque la existencia de una realidad exterior aún sigue siendo problemática y dudosa.
2. **Ideas facticias.** Son aquellas que construye la mente a partir de otras ideas fruto de la imaginación y la voluntad (la idea de un “caballo con alas”, una “sirena marina”, ...)

Parece claro que ninguna de estas ideas nos sirve como punto de partida para demostrar la existencia de la realidad extramental (cosas) que ellas representan: las adventicias, porque al parecer provenir del exterior, su validez depende de la existencia de la realidad extramental, cosa todavía dudosa; y las facticias, porque al ser construidas por el pensamiento, su validez es cuestionable (hipótesis del genio maligno). Descartes apunta a un tercer tipo de ideas:

3. **Ideas innatas.** Según Descartes existen algunas ideas (pocas, pero las más importantes) que *el pensamiento las posee en sí mismo*, es decir, que no provienen ni de la dudosa experiencia externa, ni tampoco son construidas a partir de otras. Esta es una afirmación fundamental del racionalismo: a saber, *que las ideas primitivas a partir de las cuales se ha de construir el edificio de nuestros conocimientos son innatas*⁷.

⁵ Por eso existe el error, porque no conozco directamente las cosas sino una copia de las mismas. Recuérdese a Platón.

⁶ Como exige la 2ª regla del método.

⁷ Ideas innatas son, por ejemplo, la de “pensamiento” y la “existencia” ya que las encuentro en la intuición misma del **cogito** (“pienso, luego existo”).

4. Deducción de la «res infinita».

Entre las ideas innatas, Descartes descubre la “idea de infinito”, que se apresura a identificar con la idea de Dios (Dios = infinito). ¿Cómo demuestra Descartes que la idea de Dios es una idea innata?

1. La idea de Dios **no puede ser adventicia** ya que no poseemos experiencia directa de Dios.
2. **Tampoco es facticia** porque, contra la opinión tradicional de que la idea de infinito proviene, por negación de los límites, de la idea de lo finito, Descartes afirma que la noción de finitud, de limitación, presupone la idea de infinitud⁸, por lo que ésta no deriva de aquélla: no es facticia. Y si no es facticia ni adventicia, **entonces, es innata**.

Ahora bien, que «la idea de Dios» sea innata no implica que «la realidad Dios» exista. ¿Cómo demuestra Descartes la existencia de Dios? Entre los argumentos utilizados por Descartes destacan tres, de los cuales en dos de ellos (el de la causalidad y el argumento ontológico) **la existencia de Dios es demostrada a partir de la idea de Dios**. Siguiendo el orden en el que los expone Descartes en la IV parte del *Discurso del método*, estos argumentos son los siguientes:

- Argumento basado en la **CAUSALIDAD APLICADA A LA IDEA DE DIOS**. Este argumento lo expone Descartes en la IV parte del *Discurso del método* de la siguiente manera:

«En relación con los pensamientos que poseía de seres que existen fuera de mí, tales como el cielo, la tierra, la luz, el calor y otros mil, no encontraba dificultad alguna en conocer de dónde provenían pues no constatando nada en tales pensamientos que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía estimar que si eran verdaderos, fueran dependientes de mi naturaleza, en tanto que posee alguna perfección; si no lo eran, que procedían de la nada, es decir, que los tenía porque había defecto en mí. Pero no podía opinar lo mismo acerca de la idea de un ser más perfecto que el mío, pues que procediese de la nada era algo manifiestamente imposible y puesto que no hay una repugnancia menor en que lo más perfecto sea una consecuencia y esté en dependencia de lo menos perfecto, que la existencia en que algo proceda de la nada, concluí que tal idea no podía provenir de mí mismo. De forma que únicamente restaba la alternativa de que hubiese sido inducida en mí por una naturaleza que realmente fuese más perfecta de lo que era la mía y, también, que tuviese en sí todas las perfecciones de las cuales yo podía tener alguna idea, es decir, para explicarlo con una palabra que fuese Dios.»

Es decir, no es posible que la idea de un Ser Infinito y Perfecto (Dios) tenga como causa a un ser finito e imperfecto⁹ (el yo que piensa); la causa tiene que ser tan perfecta o

⁸ La idea de infinitud tiene más contenido objetivo que la idea de finitud; por eso, la idea de finitud no puede ser la causa de la idea de infinitud, sino al contrario.

⁹ Que el yo que piensa es imperfecto se manifiesta clara y distintamente en el mismo acto de dudar; si fuera perfecto no dudaría, conocería las cosas de una manera absolutamente verdadera.

más que los efectos¹⁰, por lo que la idea de un Ser Infinito requiere una causa infinita; por lo que yo no puedo ser la causa de esa idea. Si lo fuera, sería una idea facticia, y ya hemos dicho que es innata. Y como esa idea es una idea que poseo en mi mente, ésta ha tenido que ser causada y puesta en mí por un Ser Infinito; luego el ser infinito existe con toda evidencia.

Por supuesto, tampoco puede tener por causa la nada, ya que de la nada, nada puede surgir.

- Argumento basado en la **IMPERFECCIÓN Y DEPENDENCIA DE MI SER**. Esta prueba parte de la contingencia e imperfección de nosotros mismos como seres finitos. Dios será en esta prueba causa de mí (no ya de la idea de Él que hay en mí). La prueba recuerda la «tercera vía» de Tomás de Aquino para demostrar la existencia de Dios. Este argumento lo expone Descartes en la IV parte del *Discurso del método* como sigue:

«A esto añadía que, puesto que conocía algunas perfecciones que en absoluto poseía, no era el único ser que existía (permitidme que use con libertad los términos de la escuela), sino que era necesariamente preciso que existiese otro ser más perfecto del cual dependiese y del que yo hubiese adquirido todo lo que tenía. Pues si hubiese existido solo y con independencia de todo otro ser, de suerte que hubiese tenido por mí mismo todo lo poco que participaba del ser perfecto, hubiese podido, por la misma razón, tener por mí mismo cuanto sabía que me faltaba y, de esta forma, ser infinito, eterno, inmutable, omnisciente, todopoderoso y, en fin, poseer todas las perfecciones que podía comprender que se daban en Dios. [...] Pero puesto que había conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corporal, considerando que toda composición indica dependencia y que ésta es manifiestamente un defecto, juzgaba por ello que no podía ser una perfección de Dios el estar compuesto de estas dos naturalezas y que, por consiguiente, no lo estaba; por el contrario, pensaba que si existían cuerpos en el mundo o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fueran totalmente perfectas, su ser debía depender de su poder de forma tal que tales naturalezas no podrían subsistir sin él ni un solo momento.»

Este argumento se basa en la distinción tomista entre «SER NECESARIO» y «SER CONTINGENTE». Los «SERES CONTINGENTES» son aquellos que aunque existen de hecho, podrían no existir. Es imposible que ese tipo de seres haya existido desde siempre, ya que deben su existencia a otro. En cambio, el «SER NECESARIO» es aquel que existe por sí mismo y no puede no existir. Este «SER NECESARIO» es Dios, causa de la posibilidad de mi existencia y de la existencia de todo lo que hay. Es decir, debe haber algo que sea la causa de todo lo que hay sin que a su vez sea causado por otra cosa.

- El llamado **ARGUMENTO ONTOLÓGICO**, formulado en la Edad Media por Anselmo de Canterbury en su obra *Proslogium*, que viene a decir que **la idea misma de perfección implica la existencia de aquello que representa**. Veamos la argumentación anselmiana suscrita por Descartes:

¹⁰ La causa tiene que ser proporcionada a los efectos.

«Todos los hombres (incluso el necio que en su corazón afirma que Dios no existe) tienen una idea o noción de Dios. Entienden por “Dios” **un ser tal que es imposible pensar otro mayor que él**; ahora bien, un ser tal ha de existir no solamente en nuestro pensamiento sino también en la realidad, ya que **en caso contrario sería posible pensar otro mayor que él** (a saber, uno que existiera realmente) y, por tanto, caeríamos en contradicción; luego, Dios existe no sólo en el pensamiento sino también en la realidad».

En la IV parte del *Discurso del método*, Descartes expone el mencionado argumento en los siguientes términos:

«Y habiendo advertido que esta gran certeza que todo el mundo les atribuye, no está fundada sino que se las concibe con evidencia, siguiendo la regla que anteriormente he expuesto, advertí que nada había en ellas que me asegurase de la existencia de su objeto. Así, por ejemplo, estimaba correcto que, suponiendo un triángulo, entonces era preciso que sus tres ángulos fuesen iguales a dos rectos; pero tal razonamiento no me aseguraba que existiese triángulo alguno en el mundo. Por el contrario, examinando de nuevo la idea que tenía de un Ser Perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en la misma de igual forma que en la del triángulo está comprendida la de que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos o en la de una esfera que todas sus partes equidisten del centro e incluso con mayor evidencia. Y, en consecuencia, es por lo menos tan cierto que Dios, el Ser Perfecto, es o existe como lo pueda ser cualquier demostración de la geometría.»

Por lo tanto, según Descartes, como se advierte en el texto de arriba, es tan evidente que en la idea de Dios está comprendida su existencia como lo es el que en la idea de triángulo está comprendido el que la suma de sus tres ángulos sea igual a dos rectos. Esto no ocurre con ninguna entidad distinta a Dios: en las ideas de las otras entidades encontramos contenida sólo la *posibilidad* de su existencia, no su *necesidad* o realidad. En Dios -y sólo en Él- se encuentra en su naturaleza o esencia la existencia necesaria.

Dios, cuya existencia se da por demostrada, tiene una **naturaleza perfecta**, por la que no puede ser engañador de ninguna manera. Dios posee todas las perfecciones en grado sumo, y por lo tanto la veracidad. Pretender engañar no es un signo de potencia sino de debilidad, de malicia, de imperfección,... y por tanto, no puede admitirse en Dios dicha voluntad de engaño. Para Descartes **la existencia de un DIOS PERFECTO Y VERAZ es una pieza clave de su sistema**: reconocida la existencia de Dios a partir de mi yo pensante, el criterio de la evidencia encuentra su garantía última: Dios es el principio y garante de toda verdad clara y distinta.

Por tanto, en la filosofía de Descartes Dios ocupa una posición central, pero este Dios de Descartes no es ya el “Dios de Abraham”, un Dios Padre, Creador y Providente. El de Descartes es ya el “Dios de los geómetras”, el “*deus ex machina*” que la razón descubre como el creador del Universo, pero que no interviene en su desenvolvimiento o desarrollo.

Demostrada la existencia de Dios como Ser infinitamente Perfecto, encuentra Descartes el punto de apoyo que necesitaba para SUPERAR TODOS LOS NIVELES DE LA DUDA

(MENOS LAS FALACIAS DE LOS SENTIDOS¹¹) y poder afirmar la existencia del mundo objetivo y la validez de los razonamientos matemáticos para conocerlo. La hipótesis del «genio maligno» es absurda: Dios, la sustancia infinita, garantiza la capacidad de la razón humana para encontrar la verdad¹², **siempre que utilice el método de la razón adecuadamente**. Es decir, Dios garantiza que mis ideas corresponden a un mundo, a una realidad extramental, pero no garantiza que a **todas** mis ideas corresponda una realidad extramental. Solamente serán verdaderas aquellas ideas que tengan las características de la evidencia (claridad y distinción).

5. Demostración de la «res extensa».

La existencia del mundo es demostrada a partir de la existencia de Dios: *puesto que Dios existe y es infinitamente bueno y veraz no puede permitir que me engañe al creer que el mundo existe, luego el mundo existe*. Veamos el «razonamiento» cartesiano.

Hay en mí la facultad pasiva de recibir o sentir las ideas de las cosas sensibles. Esa facultad me resultaría inútil si no hubiera en mí, o en alguna otra cosa, una facultad activa capaz de producir esas ideas. Pero esa facultad activa no puede estar solamente en mí, puesto que tengo ideas que se han presentado en mi mente muchas veces sin que yo contribuyera a ello, y otras veces en contra de mi deseo¹³. Es necesario que tal facultad se halle, por consiguiente, en alguna sustancia diferente de mí. Y tal sustancia será un cuerpo o Dios mismo. Más como Dios me ha dado una poderosa inclinación a creer que las ideas que tengo parten de las cosas corporales y Dios no es capaz de engañarme, resulta patente que Él no es la causa de las mismas. Serán, pues, las cosas corporales las que provocan tales ideas. Por todo lo cual hay que concluir que las cosas corporales existen.

Y utilizando la regla de la evidencia Descartes concluye que el mundo está constituido por cuerpos cuyas únicas cualidades objetivas son la **extensión** y el **movimiento** (llamadas por Galileo «cualidades primarias»). Las llamadas «cualidades secundarias» tales como el color, olor, sabor,... no son propiedades objetivas de las realidades corpóreas sino cualidades subjetivas: están en nosotros (en nuestra manera de percibir la realidad) y no en las cosas mismas.

A partir de las cualidades objetivas o primarias, Descartes, siempre a base de «ideas claras y distintas», deduce su Física, que es de corte **mecanicista**¹⁴: el único principio de explicación de todos los fenómenos de la naturaleza es el **movimiento** de partes **extensas** de la materia. Dios crea la materia inerte y le comunica una cantidad de movimiento que permanece constante. Puesto que el mundo es como una máquina perfecta donde existe una total y absoluta necesidad o determinismo, reducible a un conjunto de fórmulas matemáticas,

¹¹ Recordemos que para el Racionalismo los sentidos no son una fuente válida de conocimiento verdadero.

¹² Frente al escepticismo, Descartes afirma que Dios nos ha creado con capacidad para conocer verdaderamente las cosas.

¹³ Por ejemplo, la percepción de la enfermedad o la muerte de un ser querido.

¹⁴ El mecanicismo mantiene que la realidad es semejante a una máquina, como las fabricadas por el hombre, por lo que la explicación de los fenómenos consistirá en el descubrimiento de la causa eficiente, eliminando toda intencionalidad o finalidad.

el conocimiento científico consiste en describir matemáticamente las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos.

Tomada la definición de sustancia de un modo literal es evidente que sólo podría existir la sustancia infinita (Dios), ya que los seres finitos (pensantes y extensos) son creados y conservados por Él.

Como podemos deducir, **la antropología cartesiana es dualista**, como la platónica: por un lado somos cuerpo (sustancia extensa) y, como tales, estamos sujetos a las mismas rígidas leyes físicas que los demás cuerpos. Pero el hombre es también alma, “sustancia pensante” consciente y libre. El objetivo último de Descartes al afirmar que alma y cuerpo, pensamiento y extensión, constituyen sustancias distintas. El alma, al ser una realidad distinta del cuerpo está al margen del mecanicismo determinista del mundo corpóreo donde no queda lugar alguno para la libertad. La libertad, y con ella el conjunto de valores espirituales -que nos diferencian radicalmente respecto de los animales- defendidos por Descartes, sólo podían salvaguardarse sustrayendo el alma de la necesidad mecanicista, lo que, a su vez, exigía situarla como una esfera de la realidad autónoma e independiente de la materia.

Por otro lado, al ser el cuerpo una sustancia independiente, permite su estudio científico sin referencias a su dependencia respecto del espíritu. Con ello se abre el horizonte de las investigaciones científicas sobre el organismo humano, prohibidas por quienes lo convertían en algo «sagrado», aunque la manipulación y experimentación fuera con un cadáver.

Así, Descartes demuestra las tres realidades o sustancias, que se corresponden con los tres problemas fundamentales que han ocupado a la metafísica de todos los tiempos: Dios o **sustancia infinita (res infinita)**, el yo o **sustancia pensante (res cogitans)** y los cuerpos o **sustancia extensa (res extensa)**. Las sustancias no se pueden conocer directamente, sino a través del rasgo fundamental o esencial que le conviene: su atributo. A su vez, los **atributos** (que son la naturaleza de las sustancias, la característica esencial de las mismas) de las sustancias finitas (cogitans y extensa) pueden darse o “manifestarse” de distintas formas. A estas variaciones de los atributos Descartes las llama **modos**. Así pues, en esquema:

SUSTANCIA	ATRIBUTO	MODOS
Dios	Infinitud (en conocimiento, bondad, poder, ...)	No tiene
Alma	Pensamiento (ser consciente)	Recordar, imaginar, dudar, desear, sentir, ...
Mundo	Extensión	Distintas formas geométricas, tamaños y velocidades.

Y sí, ya terminó el tema... :D